

Frederick B. Meyer

ELÍAS:

El portavoz del celo de Dios

Parte 1

Ediciones Tesoros Cristianos

PREFACIO

Para nosotros es un privilegio compartir con el cuerpo de Cristo un volumen de la apreciada y valorada serie de biografías de personajes bíblicos escrita por el gran evangelista y prolífico autor bautista inglés de finales del Siglo XIX F. B. Meyer.

Autor de numerosos libros, maestro notable de las Escrituras. Un don dado a la iglesia de Cristo. Uno de los principales exponentes del movimiento Higher Life (Vida Superior), y por más de 20 años expositor de la Conferencia de Keswick.

Spurgeon decía de él: «Meyer predica como un hombre que ha visto a Dios cara a cara».

INDICE

Capítulo 1	
El origen de la fuerza de Elías.....	4
Capítulo 2	
Junto al arroyo.....	8
Capítulo 3	
A Sarepta.....	11
Capítulo 4	
El espíritu y el poder de Elías.....	14
Capítulo 5	
La prueba de la vida en el hogar.....	17
Capítulo 6	
Abdías.....	20
Capítulo 7	
El plan de campaña.....	25
Capítulo 8	
En el Carmelo.....	28
Capítulo 9	
La lluvia.....	32

Capítulo 1

El origen de la fuerza de Elías

El capítulo 17 del libro de Reyes comienza con el adverbio de tiempo «entonces», lo que da a entender que lo que sigue es continuación a lo que precede en el tiempo, algo que Dios añade a lo anterior. Si leyéramos sólo hasta el capítulo anterior, podríamos suponer que hasta ahí llegó todo, y que la adoración a Jehová nunca volvió a adquirir el prestigio y el poder que había perdido. De hecho, los principales actores de la historia así lo pensaron. Acab pensó así; también Jezabel; los falsos profetas pensaron lo mismo; el remanente de fieles que estaba escondido pensó igual.

Todos olvidaron algo en sus cálculos: dejaron fuera al mismo Jehová. Cuando los hombres han hecho lo peor, y han terminado, es tiempo de que Dios comience. Y cuando Él comienza, es probable que con un solo golpe revierta todo lo que se ha hecho sin Él.

El cuadro era bastante sombrío. Después de la muerte de Salomón, el reino se dividió en dos partes: la parte sur, dominada por su hijo Roboam, y la parte norte, bajo el poder de Jeroboam. Jeroboam anhelaba desesperadamente mantener su dominio sobre su pueblo, pero temía que lo perdería si ellos continuaban yendo dos o tres veces por año a las fiestas anuales en Jerusalén. Por tanto, decidió establecer la adoración a Jehová en sus propios dominios. Así que erigió dos templos: uno en Dan, en el extremo norte, y otro en Betel, en el extremo sur. Y en cada uno de estos lugares colocó un becerro de oro, para que el Dios de Israel fuera adorado «en la forma de un becerro que come heno». Este pecado quebrantó el segundo mandamiento, que prohibía a los hijos de Israel hacer imágenes, o inclinarse ante la semejanza de cualquier cosa que estuviera arriba en el cielo, o en la tierra o debajo de la tierra. En la Santa Escritura nunca se olvidó la maldad de Jero-

boam. Como el tañido de las campanas en un funeral, las palabras vuelven a resonar vez tras vez: «*Jeroboam, hijo de Nabat, quien hizo pecar a Israel*» (1 R. 14:16).

Después de muchas revoluciones y de mucho derramamiento de sangre, el reino pasó a manos de un aventurero militar, Omri. Hijo de este hombre fue Acab, de quien se dijo que «*hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él*» (1 R. 16:30). Esto ocurrió porque él era un hombre débil, instrumento de una mujer astuta, sin escrúpulos y cruel.

Cuando la joven y bella Jezabel salió a Tiro para convertirse en la consorte del rey de Israel recién coronado, sin duda alguna aquella se consideró como una espléndida pareja. En ese tiempo, la ciudad de Tiro gozaba el prestigio de reina de los mares. Estaba en el cenit de su gloria: sus colonias salpicaban las costas del Mediterráneo hasta España, sus naves emblanquecían todos los mares con sus velas, su ciudad hija, Cartago, alimentaba al cachorro de león Aníbal, y era suficientemente fuerte como para hacer temblar a los romanos. Pero como muchas espléndidas parejas, la de Acab y Jezabel estuvo llena de desdicha y de desastre.

Cuando Jezabel salió del palacio que había sido su hogar, fue urgida vehemente por los sacerdotes -bajo cuya influencia había sido educada- a hacer cuanto le fuera posible para introducir en Israel los ritos de su religión hereditaria. Ella no fue remisa en obedecer. Parece que lo primero que hizo fue erigir un templo a Astarté en la vecindad de Jezreel, y que sostuvo a sus 450 profetas de sus ingresos privados. Luego Acab y ella construyeron un templo a Baal en Samaria, la capital del reino, de un tamaño tal que podía dar cabida a una inmensa multitud de adoradores (véase 2 R. 10:21). Después comenzaron a levantarse altares y templos por todas partes del país en honor de estas falsas deidades, mientras los altares de Jehová, como el del monte Carmelo, eran lastimosamente destruidos. La gente hacía enjambre en torno a los sacerdotes de Baal y en los bosques. Las escuelas de profetas fueron cerradas y la hierba creció en sus patios. Los profetas mismos fueron perseguidos y asesinados a espada: «*...anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados*» (He. 11:37).

Tanto fue así que el piadoso Abdías tuvo gran dificultad para salvar a unos pocos de ellos en las cuevas del Carmelo, alimentándolos a riesgo de su propia vida. Pero Dios nunca pierde. La Tierra puede estar infestada por el pecado, puede parecer que todas las lámparas de los testigos se han apagado, pero Él estará preparando a un hombre débil

en algún oscuro pueblo de las alturas; y en el momento de mayor necesidad, lo enviará como respuesta completamente suficiente para las peores conspiraciones de sus enemigos Así ha ocurrido; y así continuará ocurriendo...

Elías era de los moradores de Galaad. Galaad estaba al este del Jordán. Era un sitio desierto y escabroso. Los moradores participaban del carácter de su tierra: salvajes, desenfrenados, desgreñados. Vivían en rudas aldeas de piedra y subsistían cuidando rebaños de ovejas.

La niñez de Elías fue como la de los demás jóvenes de su tiempo. En sus primeros años probablemente trabajó como pastor en aquellas desoladas montañas. Cuando llegó a ser hombre, su erguida figura, su apariencia hirsuta, su manto de pelo de camello, su contextura fornida, la fortaleza de sus tendones -que podían sobrepasar a los briosos caballos de la carroza real y soportar la excesiva fatiga física-, lo distinguieron de los moradores de los valles bajos.

A medida que avanzaba en años, crecía en él una intensa piedad. Sentía un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos. Cuando los mensajeros, uno tras otro, le decían que Jezabel había destruido los altares de Dios, había asesinado a sus profetas y los había reemplazado por los ritos impíos de sus deidades tirias, su indignación reventó todas las ataduras.

¿Pero qué podía hacer él, un muchacho indómito del desierto sin instrucción? Sólo podía hacer una cosa -el recurso de todas las almas bajo la agonía de la prueba-: podía orar. Y Elías lo hizo: «...oró fervientemente» (Stg. 5:17).

Y en su oración parece que fue guiado hacia una denuncia que, muchos años antes, había hecho Moisés al pueblo: que si ellos se apartaban y servían a otros dioses y los adoraban, la ira del Señor sería enviada contra ellos, y Él cerraría los cielos y no habría lluvia (véase Dt. 11:17). Y así se dedicó a orar para que aquella terrible amenaza se cumpliera al pie de la letra.

Y mientras Elías oraba, llegó a su mente la convicción de que ocurriría tal como él habíaorado; y que él debía poner al corriente a Acab sobre este hecho. Cualquiera que fuera el peligro para él, tanto el rey como el pueblo tenían que discernir la razón de sus calamidades. Que la sequía se debió a la oración de Elías se infiere también por las palabras con que él anunció el hecho al rey: «...no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra» (1 R. 17:1).

Una entrevista así demandaba extraordinaria fuerza moral. ¿Qué posibilidad había de que él escapara con vida? Sin embargo, él fue y

volvió ileso, con la armadura de una fortaleza que parecía invulnerable.

¿Cuál fue el secreto de esa fortaleza? Si se puede demostrar que se debió a alguna cosa inherente en Elías y peculiar a él, entonces muy bien podemos retirarnos de las inaccesibles alturas que se burlan de nosotros. Pero si se puede demostrar, como yo pienso que se puede, que su vida espléndida no se debió a cualidades inherentes en él sino a fuentes de fortaleza que están al alcance del más humilde hijo de Dios que lea estas líneas, entonces, cada palabra del relato es una inspiración.

La fortaleza de Elías no estaba en sí mismo ni en sus circunstancias. Él era de extracción humilde. Cuando, a través del fracaso de su fe, fue separado de su fuente de fortaleza, él mostró más cobardía de la que hubiera mostrado la mayoría de los hombres: se tiró sobre las arenas del desierto y le pidió a Dios que le quitara la vida.

Elías nos da, pues, tres indicaciones sobre la fuente de su fortaleza...

«*Vive Jehová Dios de Israel*»; esto es, para todos los demás Jehová podía estar muerto, pero para él era la suprema realidad de la vida. Y si queremos ser fuertes, nosotros también tenemos que poder decir: «*Yo sé que mi Redentor vive*». La persona que ha oído a Jesús decir: «*Yo soy el que vive*», también lo oírá decir: «*No temas, esfuérzate y sé valiente*».

Elías estaba en la presencia de Acab, pero era consciente de la presencia de uno mayor que cualquier monarca terrenal: «*Vive Jehová (...) en cuya presencia estoy*». El mismo Gabriel no pudo emplear una explicación más elevada sobre la posición en la cual se encontraba (véase Lc. 1:19). Cultivemos este reconocimiento habitual de la presencia de Dios, pues nos elevará por encima de todo otro temor. Además de esto, había quedado impresa en la mente de Elías la convicción de que él había sido escogido por Dios como su siervo y mensajero, y que en esa condición estaba delante de Él. Acaso el nombre *Elías* se puede traducir como «*Jehová es mi Dios*» o «*Jehová es mi fortaleza*». Esto nos da la clave de su vida. ¡Qué revelación la que se nos ofrece por medio de este nombre! ¡Ah, que eso se cumpliera en cada uno de nosotros! Pero, ¿por qué no? De hoy en adelante, renunciemos a nuestra propia fuerza, que, en el mejor de los casos, es debilidad, y apropiémonos de la de Dios mediante la fe, día tras día y hora tras hora...

Capítulo 2

Junto al arroyo

Estamos estudiando la vida de un hombre que tenía pasiones semejantes a las nuestras: era débil donde nosotros somos débiles, fallaba donde nosotros fallaríamos. Pero este hombre se levantó solo contra su pueblo, detuvo la marejada de la idolatría y del pecado e hizo que la nación volviera a Dios. Y lo hizo mediante el uso de recursos que están al alcance de todos nosotros. Esto es lo fascinante de su historia...

La fe hizo de él todo lo que llegó a ser, y la fe hará lo mismo por nosotros si tan sólo la ejercemos como él la ejerció. ¡Oh, que tuviéramos la receptividad de Elías, que estuviéramos tan llenos del poder divino como él lo estuvo, y que, por tanto, fuéramos capaces de hacer proezas por Dios y por la verdad! Pero, antes de que esto ocurra, tenemos que pasar por la misma educación por la que él pasó. Antes de que podamos pararnos en el monte Carmelo, tenemos que ir al arroyo de Querit y a Sarepta.

Notemos, entonces, los pasos sucesivos en la educación de Dios para sus siervos...

En primer lugar, los siervos de Dios tienen que aprender a avanzar paso a paso. Esta es una lección elemental, pero es difícil de aprender. Sin duda alguna a Elías le pareció difícil. Antes de salir de Tisbe hacia Samaria, a dar salida al mensaje que pesaba sobre su alma, naturalmente inquiere qué debiera hacer después de que lo haya expresado. ¿Cómo lo recibirían? ¿Cuál sería el resultado de todo? Si él le hubiera hecho estas preguntas a Dios antes de salir de su lugar en la altiplanicie, lo más probable es que no hubiera salido nunca. Y es que acaso el Padre en los Cielos nos muestra los pasos uno a uno: el resto los tenemos que dar nosotros por fe.

Así, tan pronto como el siervo de Dios dio el primer paso, y entregó el mensaje que tenía que dar, «...vino a él la palabra de Jehová, diciendo:

Apártate de aquí y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit...» (1 R. 17:2).

Y fue sólo cuando el arroyo se había secado que volvió a él palabra del Señor, diciendo: «Levántate, vete a Sarepta» (vs. 9). ¡Qué hermosa es la expresión «vino a él la palabra de Jehová»! Sugiere que Elías no tuvo que esforzarse buscándola: vino a él. Y así vendrá también a cada uno de nosotros; Dios nos encontrará dondequiera que nos hallemos y nos dirá lo que tenemos que hacer.

Salgamos, pues, y avancemos hacia lo que parece una espesa neblina; debajo de nuestros pies sentiremos como una losa firme y, cada vez que demos un paso hacia adelante, hallaremos que Dios ha colocado allí un lugar para pasar, y así en el próximo, y en el otro, y en el otro, tan pronto como lleguemos al lugar. Dios no nos da todas las instrucciones de una vez, no sea que nos confundamos. Él nos dice aquello que podemos recordar y hacer. Luego, hemos mirarle para recibir nuevas instrucciones; y así aprendemos los hábitos sublimes de la obediencia y la confianza.

En segundo lugar, a los siervos de Dios hay que enseñarles el valor de la vida oculta: «Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit».

El hombre que ha de asumir una alta posición ante sus semejantes tiene primero que asumir una baja posición delante de Dios. Y no hay mejor manera de abatir a un hombre que apartarlo abruptamente de una actividad en la cual estaba comenzando a pensar que su presencia era esencial, y mostrarle que él no es necesario en absoluto para el plan de Dios, obligándolo a considerar, en el solitario valle de algún Querit, cuán confundidos están sus motivos y qué insignificante es su fuerza.

Toda alma santa que quiera ejercer gran poder sobre la gente tiene que conquistarlo en algún Querit oculto. No podemos dar a menos que antes hayamos recibido. Nuestro Señor encontró su Querit en Nazaret y en el desierto de Judea, en medio de los Olivos de Betania y en las soledades de Gadara. Ninguno de nosotros puede descartar un Querit donde podamos probar las dulzuras y absorber el poder de una vida escondida con Cristo y en Cristo mediante el poder del Espíritu Santo.

Además, los siervos de Dios tienen que aprender a confiar en Él absolutamente. Al principio obedecemos tímidamente un mandamiento que parece envolver muchas imposibilidades; pero cuando descubrimos que Dios es aún mejor que su palabra, nuestra fe crece extraordinariamente, y avanzamos hacia mayores hazañas de fe y

servicio. Al final, nada es imposible. Esta fue la clave de la experiencia de Elías.

¡Qué extraño que él fuera enviado a un arroyo que, por supuesto, estaría sometido a la sequía como cualquier otro! ¡Qué contrario a la naturaleza suponer que los cuervos, que se alimentan de carroña, hallarían alimento como el que podría consumir el hombre, o que, habiéndolo hallado, se lo llevarían regularmente mañana y tarde! ¡Qué improbable, también, que él pudiera permanecer oculto de la búsqueda de los esbirros de Jezabel en cualquier parte dentro de los límites de Israel! Pero el mandamiento de Dios fue claro e inequívoco. A Elías no le quedó otra alternativa que obedecer.

Elías pudo haber preferido muchos otros escondites, y no Querit, pero ése era el único lugar al cual los cuervos le llevarían las provisiones; y mientras él estuviera allí, Dios estaría comprometido a proveerle. Nuestro pensamiento supremo debe ser: «¿Estoy dónde Dios quiere que esté?». Si es así, Dios obrará un milagro directo, en vez de permitir que perezcamos por falta de algo. Dios no envía a ningún soldado a la guerra a que se las maneje por sí solo.

También, los siervos de Dios son llamados con frecuencia a sentarse en arroyos que se están secando: «*Pasados algunos días, se secó el arroyo*» (1 R. 17:7).

¿Qué pensó entonces Elías? ¿Pensó que Dios lo había olvidado? ¿Comenzó a hacer planes por su propia cuenta? No, sino que esperó tranquilamente en Dios. Muchos de nosotros hemos tenido que sentarnos en arroyos que se están secando; tal vez algunos están allí sentados ahora en el arroyo de la popularidad que se está secando, como ocurrió en el caso de Juan el Bautista, o en el arroyo de la salud, hundiéndose bajo una parálisis progresiva en una lenta declinación, o en el arroyo del dinero que está menguando lentamente ante las demandas de las enfermedades, las deudas excesivas y otras extravagancias de la gente... ¡Ah!, es difícil sentarse uno junto a un arroyo que se está secando... ¡Y mucho más difícil hacer frente a los profetas de Baal en el Carmelo!

¿Por qué permite Dios que se sequen los arroyos? Él quiere enseñarnos a que confiemos no en sus dones sino en Él mismo. Aprendamos estas lecciones y volvámonos de nuestros Querits que fallan a nuestro Salvador que no falla; pues toda la suficiencia reside en Él...

Capítulo 3

A Sarepta

Un amigo mío, que estaba pasando unos pocos días en las cercanías de nuestros lagos ingleses, se encontró con los más bellos arbustos que jamás había visto. Cautivado por su extraordinaria exuberancia, supo que ello se debía al inteligente sistema de trasplante que se practica constantemente. También nuestro Padre celestial nos trasplanta constantemente. Y estos cambios, si se aceptan como es debido, dan como resultado las más exquisitas manifestaciones del carácter en la experiencia cristiana.

Jeremías dice: *«Quieto estuvo Moab desde su juventud y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado»* (Jer. 48:11).

El jugo de uvas, cuando se exprime primero del hondo lagar, es impuro y espeso; se deja en recipientes durante algún tiempo hasta que la fermentación haya cumplido su obra y el sedimento se haya ido al fondo. Cuando esto ha ocurrido, el líquido se vacía cuidadosamente en otro recipiente, de tal modo que todo el sedimento quede en el anterior. Este proceso de vaciamiento se repite varias veces hasta que el líquido se ha vuelto claro y bello.

¿No arrojaría luz este procedimiento sobre la manera en que Dios trató a Elías? Una vez él estuvo en la vasija del «hogar»; luego fue vaciado en la vasija «Jezreel»; después, a la vasija «Querit»; y ahora es vaciado en la cuarta vasija: «Sarepta». Y todo para que él no se asiente sobre su sedimento, sino que sea llevado hacia una meta de grandeza moral que de otro modo jamás habría alcanzado, pero que lo hizo apto para aparecer años después en el Monte de la Transfiguración, junto a Moisés, en compañía de Jesús.

Y sin embargo, cuando un espíritu humano está completamente absorto en Dios, como lo estuvo Elías, estos cambios resultan compa-

rativamente inocuos e insignificantes, como la picada que un mosquito le inflige a un soldado en medio del ardor de la batalla. Cumplir los planes de Dios, obedecer la más mínima intimación de su voluntad, esperar en su mano: esa es la única pasión del espíritu feliz al cual, como a Elías, se da esta gracia.

Aquí hay varias lecciones...

En primer lugar, la fe aguarda los planes de Dios: «Pasados algunos días, se secó el arroyo, porque no había llovido sobre la tierra». Semana tras semana, con espíritu constante y firme, Elías observó que el arroyo iba menguando. El arroyo menguante se convirtió en un hilo de plata, y al poco tiempo el hilo de plata en pocetas al pie de las grandes piedras; las pocetas mermaron, y por fin el arroyo quedó seco. Sólo entonces le vino a este firme espíritu palabra de Jehová, diciendo: «*Levántate, vete a Sarepta*» (1 R. 17:9).

La mayoría nos habríamos afanado y agotado haciendo planes mucho tiempo antes. Y probablemente mucho antes de secarse el arroyo habríamos inventado algún plan y, después de pedir a Dios que bendijera dicho plan, nos habríamos marchado a otra parte. El Señor a menudo nos saca del problema por cuanto su misericordia permanece para siempre, pero si sólo hubiéramos esperado primero para ver el desarrollo de sus planes, nunca nos hubiésemos visto en un laberinto tan intrincado. Quiera Dios que nos conformemos con esperar hasta que Él nos manifieste su plan, de tal modo que nuestra vida sea sencillamente la realización de su pensamiento, la ejemplificación de su ideal.

En segundo lugar, los planes de Dios exigen obediencia implícita: «*Entonces él se levantó y se fue a Sarepta*» (vs. 10). Esto lo hizo como antes había ido a Querit, y como pronto iría a presentarse a Acab.

A muchas vidas cristianas viene un mandamiento claro e inequívoco: tenemos que salir de algún Querit amado, e ir a alguna Sarepta que no nos gusta; tenemos que decir algo, dar algún paso, abandonar algún hábito. Y lo rehuimos porque el costo nos parece demasiado grande. Pero tan pronto como nos negamos a obedecer, sombras de nubes oscuras nos circundan.

Nosotros no conseguimos la salvación por nuestra obediencia; la salvación es completamente un don de Dios. Pero por el hecho de que somos salvos tenemos que obedecer.

Esta obediencia implícita nos lleva algunas veces a un horno de fundición. «Sarepta» significa horno de fundición, y estaba fuera de la

tierra de Canaán. Muchas cosas podrían haber hecho que al profeta no le gustara aquel lugar. Pertenecía a la tierra de la cual Jezabel había traído su tribu impía. Estaba sufriendo de la maldición de la terrible sequía al igual que Canaán. Era imposible llegar hasta allí, excepto mediante una agotadora jornada de 160 kilómetros a través del corazón de la tierra, donde el nombre del profeta era detestado y su persona denunciada. ¡Y encima tendría que ser sostenido por una viuda de un pueblo pagano! Ciertamente eso era un horno de fundición para purificar cualquier aleación de orgullo, o de confianza en sí mismo, o de espíritu de independencia que pudiera estar al acecho en lo recóndito de su corazón.

Y hubo mucho de fuego refinador en el carácter de la recepción que se le dio. Cuando él llegó a aquel pueblo disperso, probablemente a la caída de la noche, en la puerta de la ciudad estaba una viuda recogiendo leña para preparar la cena. Evidentemente ésta era la viuda de la cual Dios le había hablado. Secándose de sed y agotado por el largo viaje, pero sin dudar nunca de que sus necesidades serían ampliamente satisfechas, le pidió a la mujer que le diera un poco de agua en un vaso para beber. La viuda pudo haber tenido cierta premonición de la llegada de él. Pareciera haber cierta sugerencia de que esto fue así en las siguientes palabras del Señor: *«Yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente»* (vs. 9).

Por tanto, ella no se sorprendió con la petición del profeta, y silenciosamente se fue a buscar el vaso de agua fría (véase Mt. 10:42). Estimulado por la disposición de ella, Elías le pidió que le trajera un bocado de pan. Aquella era una petición modesta, pero tuvo la virtud de liberar la agonía del alma de ella.

No tenía pan cocido, sólo un puñado de harina en una tinaja y un poco de aceite en una vasija; y ella estaba a punto de preparar la última comida para ella y para su hijo, quien probablemente a causa del prolongado ayuno estaba tan débil que no pudo acompañarla. Y después de comer no tenían otra alternativa que acostarse juntos y morir. Eso fue muy deprimente para el hombre de Dios, después de su largo y agotador viaje.

Cuando Dios pone a sus hijos en el horno, Él provee todo lo que necesiten. Las circunstancias eran ciertamente muy deprimentes, ¿pero qué es eso para un hombre cuyo ser interno está ocupado con la presencia y el poder de Dios? Dios había dicho que Elías sería alimentado, y por esa viuda; de manera que así sería, aunque pasaran la Tierra y el Cielo. De manera que con fe heroica, Elías dijo: «No tengas temor; ve, haz como has dicho (...)

Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: *La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la Tierra*» (vs. 13 y 14).

Y es que únicamente necesitamos averiguar si estamos en aquel punto del plan de Dios donde Él quiere que estemos. Si estamos allí, aunque parezca imposible que seamos sostenidos, se hará lo imposible. Si los medios ordinarios no son suficientes, seremos sostenidos por un milagro... *«Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas»* (Mt. 6:33).

Capítulo 4

El espíritu y el poder de Elías

En los días de Elías, sólo aquellos de carácter elevado comprendían lo que significaba la eterna plenitud del Espíritu: *«...los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo»* (2 P. 1:21). Elías fue uno de estos hombres llenos del Espíritu Santo. El único deseo de Eliseo fue el de heredar el Espíritu que tan manifiestamente había estado en su señor (véase 2 R. 2:9). «El espíritu de Elías» era una expresión muy familiar en los labios de los hijos de los profetas (véase 2 R. 2:15). Y cuando el ángel de Dios habló a Zacarías en el templo, no halló mejor ilustración de la presencia del Espíritu en el niño que se le prometía que decir: *«E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías»* (Lc. 1:17).

El glorioso ministerio de Elías no se debió, por tanto, a ninguna cualidad inherente en él mismo, sino a que el Espíritu Santo moró en él de manera extraordinaria por medio de la fe. Este Espíritu se le dio a él como a otros santos hombres de Dios. Lo que debemos preguntarnos es si el Espíritu Santo está obrando con nosotros y a través de

nosotros con poder. Si está obrando, entonces, aunque nuestra naturaleza sea indigna y débil, Él efectuará a través de nosotros las mismas obras poderosas que realizó a través de hombres que fueron superiores a nosotros en capacidad mental y moral. Más aun, podemos gloriarnos hasta en nuestras flaquezas para que este poder divino repose sobre nosotros de manera más notable, y para que sea más evidente que sólo Dios merece la gloria.

Ahora surge la pregunta: ¿Podemos nosotros, individuos cristianos ordinarios, tener la esperanza de recibir el Espíritu Santo en aquella medida extraordinaria y especial con que reposó sobre Elías?

Nuestro bendito Señor, como el Siervo perfecto, la tuvo cuando, lleno del Espíritu Santo, volvió en el poder del Espíritu a Galilea y afirmó que su maravilloso poder se debía al hecho de que el Espíritu del Señor estaba sobre Él (véase Lc. 4: 1, 14, 18). Y los apóstoles la tuvieron desde el día del Pentecostés, cuando recibieron la plenitud del Espíritu para dar el testimonio.

Esto es ciertamente lo que queremos. Y esto es lo que podemos tener. Esta unción especial para el servicio no es sólo para hombres como Elías, o Pablo, o Pedro, que se remontan más allá de nosotros hacia los cielos azules, sino para todos nosotros.

Pero hay tres condiciones que tenemos que cumplir si queremos recibir y mantener este bendito Don...

En primer lugar, hemos de estar vacíos. Dios no puede llenarnos, si ya estamos llenos. Elías aparentemente necesitó tres años y seis meses para eso; fue un tiempo largo y agotador de espera, pero resultó bien empleado. En la proporción en que él se iba despojando de sí mismo, se iba llenando del Espíritu y de poder; de tal modo que lo que ocurrió en el monte Carmelo, con todas sus obras heroicas, a él le fue gloriosamente posible.

¿Estamos dispuestos a pagar este precio? ¿Estamos preparados para que Dios vacíe de nosotros todo lo que en alguna forma sea contrario a su voluntad? Si no lo estamos, pidámosle que obre en nosotros para que queramos hacer su buena voluntad: meter nuestra fría terquedad de hierro en el horno ardiente de su gracia, hasta que tal terquedad pueda doblarse en perfecta conformidad con su gloriosa voluntad. Pero si estamos dispuestos, creamos que Él nos llenará tan pronto como nos entreguemos a Él. La gracia, como la naturaleza, detesta el vacío; y así como el aire fresco se apresura a entrar para llenar un recipiente vacío tan pronto como pueda entrar, así la gracia

del Espíritu entra en aquel corazón que no se puede jactar de nada sino de un doloroso vacío.

Si hemos cumplido las instrucciones de Dios, tenemos que creer, tanto si sentimos alguna diferencia como si no la sentimos, que Dios ha hecho su parte y ha cumplido la promesa que nos hizo a través de Jesucristo nuestro Señor. Tenemos que exclamar con la seguridad de la fe: «Te alabo, bendito Señor, porque Tú has realizado tu obra preferida; has venido a hacer morada en mí. En lo sucesivo, harás lo que quieras conmigo, para que yo quiera hacer, y haga, tu propia voluntad».

Los síntomas más seguros de que el Espíritu Santo está dentro de nosotros son: sensibilidad con respecto al pecado, ternura de conciencia, la creciente conciencia de la presencia de Jesús, la fragancia de su Nombre y la identificación con sus propósitos. ¿Tenemos acaso algunos de estos síntomas?

En segundo lugar, debemos ser obedientes. Casi en cada declaración de las palabras de despedida que Cristo dirigió a sus discípulos reiteró el llamado a guardar sus mandamientos. La obediencia instantánea e implícita a la enseñanza de su Palabra y a los impulsos internos del Espíritu Santo es condición absoluta para mantener, o incrementar, el depósito de la influencia santa. Esa obediencia tampoco es difícil; pues todos los mandamientos de Dios se pueden cumplir, y su gracia es suficiente. Desde las alturas de una obediencia constante divisamos el amplio y abierto mar de la bienaventuranza.

La obediencia exacta de Elías es la condición inviolable para recibir y mantener «el espíritu y el poder de Elías».

Además, tenemos que vivir de la Palabra de Dios. Elías y la viuda y su hijo vivieron de los recipientes que se volvían a llenar cada día. Pero el profeta tenía otra comida que comer de la cual la viuda y su hijo no sabían nada: «*No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt. 4:4). De esa palabra se alimentó Elías durante aquellos largos y lentos días.

Esta es la otra condición absoluta para llegar uno a ser lleno del Espíritu Santo y permanecer lleno. El Espíritu obra con la palabra de Dios y por medio de ella. Luego, pues, si nosotros descuidamos el estudio reverente de la Escritura, nos privamos del mismo medio a través del cual el Espíritu de Dios entra en los espíritus humanos.

Y esta es la gran falta de nuestros tiempos. Los individuos cristianos asisten a convenciones, se meten en toda clase de actividad cristiana, leen muchos libros buenos relacionados con la Biblia y con la vida cristiana; pero a la Biblia misma le ponen atención sólo de la ma-

nera más superficial. Y por esta razón la Biblia no les habla. No hay libro que devuelva el valor del tiempo que se gasta en sus páginas como la Palabra de Dios.

Una Biblia descuidada significa un espíritu hambriento y sin fortaleza, un corazón sin consuelo, una vida estéril; y también significa entristecer al Espíritu Santo. Si las personas que ahora andan perpetuamente deambulando de Iglesia en Iglesia para recoger las migajas de ayuda y consuelo se quedaran en casa y se dedicaran a escudriñar la Biblia, habría más felicidad en la Iglesia y más bendición en el mundo. Este es un consejo muy prosaico, pero es cierto. En otras palabras, nosotros hablamos de hombres de letras, hombres de honor, hombres de éxito; pero es infinitamente mejor ser conocido como «hombres de Dios», tal y como fue conocido Elías: *«Ahora conozco que tú eres varón de Dios»* (1 R. 17:24).

Capítulo 5

La prueba de la vida en el hogar

Muchos hombres pudieran parecer héroes y santos en las soledades de Querit o en las alturas del Carmelo y, sin embargo, fracasar miserablemente en la vida de hogar en Sarepta. Y es que una cosa es tener comunión con Dios en las soledades de la naturaleza y realizar actos de devoción y celo por Él en presencia de millares de personas, pero otra cosa completamente diferente es andar con Él día tras día en la rutina del hogar, donde constantemente tenemos que olvidarnos de nosotros mismos. Es allí donde surge una perenne necesidad de ejercitar la bondad, la paciencia, la abnegación y la moderación personal.

En el capítulo anterior vimos algo con respecto al poder y al Espíritu del cual Elías fue lleno y dotado. Pero ahora hemos de observarlo

en un hogar y ver cómo pasa la prueba de la vida doméstica. Así aprenderemos a admirarlo y amarlo aún más.

La suya fue una vida verdaderamente humana; fue el mismo hombre en la casa de la viuda que en las alturas del Carmelo. Su ejemplo nos demuestra que cuando un hombre está lleno del Espíritu Santo lo evidenciará en todo el temor de su andar diario y en su estilo de vida. En esto, Elías nos recuerda a Lutero, cuya vida familiar fue un modelo de belleza: un oasis en el desierto. Quienes sólo lo recuerden como reformador, lean las cartas que le escribió a su hijita; quedarán cautivados por la gracia y la ternura de aquella alma grande y noble.

Elías nos enseña a contentarnos con lo que tenemos. La comida en la casa de la viuda era bastante frugal; sólo había lo suficiente para las necesidades diarias. La naturaleza humana, que era tan fuerte en el profeta como en todos nosotros, hubiera preferido poder contar sacos de harina y barriles de aceite. Pero, por lo general, este no es el método de Dios; ni es la disciplina más saludable para que vivamos mejor. La norma de Dios es día por día.

¿No caía acaso el maná en las arenas del desierto día por día? ¿Acaso no se nos promete el pan nuestro de cada día? Y a los que viven de este modo se les recuerda constantemente su bendita dependencia del amor del Padre.

Si Dios nos permitiera escoger entre ver nuestra provisión y conservarla por nuestra cuenta, y no verla y dejar que Él se encargue de ella día tras día, la mayoría de nosotros casi seguro escogeríamos la primera alternativa. Pero sería mucho más prudente decir: «Me contento con confiar en Ti, Padre.

Consévalo todo en tu mano. Así tendré menos afanes; así las provisiones no me harán caer en tentación; no me expondrán a envidiar a otros más favorecidos que yo».

Los que viven de este modo no están en condiciones inferiores que otros. Al contrario, en el sentido más verdadero están en mejores condiciones, porque la responsabilidad de mantenerlas descansa completamente en Dios y quedan libres de la inquietud de los afanes, de la tensión de la preocupación diaria y de las tentaciones que hacen casi imposible que un rico entre en el Reino de Dios. Lo principal es entender esta preciosa promesa: «*Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*».

Luego, continuemos cumpliendo nuestro deber, ocupando nuestro tiempo, realizando el plan de nuestra vida. Nuestro Padre tiene amplios recursos: de Él es el ganado que hay en mil colinas, de Él los campos de trigo que ondean, de Él las miríadas de peces de las pro-

fundidades del océano. Él ha preparado una provisión para nuestra necesidad, y nos la entregará a tiempo, si sólo confiamos en su Persona. Tal vez nos hallemos sacado la última gota de aceite hoy, pero habrá más mañana... Elías también nos enseña a ser apacibles cuando se nos provoca. No sabemos durante cuánto tiempo vigiló la madre a su hijo agonizante, pero sí sabemos que ella habló con imprudencia y crueldad al hombre que había traído la salvación a su hogar: «*¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades, y para hacer morir a mi hijo?*» (1 R. 17:18).

Una observación tan inapropiada e injusta bien hubiera podido herir al profeta hasta los tuétanos o provocar una amarga respuesta. Indudablemente tal hubiera sido su reacción si su bondad no hubiera estado inspirada por el Espíritu Santo. Sin agregar ninguna otra cosa, Elías simplemente le dijo: «*Dame acá tu hijo*» (vs. 19).

Si el Espíritu Santo llena realmente el corazón, se producirá un cambio en la persona más ruda, más inculta y más egoísta. Habrá una apacibilidad en las palabras, en el tono mismo de la voz; un delicado esmero en las acciones más pequeñas, una paz que refleja la comprensión en el rostro. Y estas cosas constituirán el sello evidente del Espíritu Santo.

El ejemplo del profeta nos enseña también que hay poder en una vida santa. A saber, en alguna parte de la vida anterior de esta mujer había habido un hecho oscuro que hacía palidecer en su recuerdo todas las demás malas obras que había hecho, y sobresalía en su mente como su pecado.

No sabemos qué era lo malo que había hecho; tal vez pudo haber estado relacionado con el nacimiento de ese hijo. Probablemente había cometido la iniquidad muchos años antes, y esto le había llenado la mente de agonía. Pero en los últimos años el agudo remordimiento había llegado a opacarse. Incluso algunas veces se le olvidaba por completo el pecado durante semanas y meses seguidos.

Es interesante notar que los diferentes estados de la mente requieren estímulos para despertar los recuerdos dormidos. En el caso de la mujer de Sarepta, lo que despertó el recuerdo fue la vida santa de Elías combinado con el propio terrible dolor de ella. Bajo el efecto de estos dos estímulos, el recuerdo de ella abandonó su letargo y su conciencia despertó a una aguda actividad: «*¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades...?*».

Y como respuesta de Elías, leemos lo siguiente: *«Entonces él lo tomó de su regazo, y lo llevó al aposento donde él estaba, y lo puso sobre su cama. Y clamando a Jehová...»* (vs. 19 y 20).

Nosotros no somos suficientemente específicos en la oración, ni pasamos suficiente tiempo deteniéndonos con fervor santo en el nombre de cada ser amado. ¡No es extraño que logremos tan poco!

Luego, seguimos leyendo: *«...se tendió sobre el niño»* (vs. 21).

¡Qué maravilloso acto de amor y humildad por parte de un gigante de Dios! Nosotros también, hemos de inclinarnos hacia los niños, llegar a ser como niños delante del Señor.

«Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová».

Elías no se descorazonaba fácilmente. Así es como Dios prueba la genuinidad de nuestros deseos. He aquí los resultados de la oración perseverante: *«Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió»* (vs. 22).

Y cuando el profeta lo presentó a la madre agradecida y regocijada, tuvo que haberse sentido satisfecho, así como el corazón de aquella mujer halló descanso a su tormento...

Capítulo 6

Abdías

Después de muchos días, la palabra del Señor volvió a llamar a Elías para que se pusiera en camino. Meses, y aun años, había pasado en el retiro de Sarepta; la viuda y su hijo se habían vinculado a él mediante los lazos más sagrados; el humilde hogar con su tinaja de harina y su vasija de aceite se santificó con los recuerdos del infalible cuidado de Dios.

Para él tuvo que haber sido una gran prueba salir de allí; ¡y qué gran contraste lo esperaba! Probablemente había oído que Acab lo

estaba buscando. No había nación ni reino donde el encolerizado monarca no hubiera tratado de encontrarlo.

Por tanto, no era probable que fuera recibido con mucha cortesía. Lo que sí era probable era que él sería inmediatamente arrestado y, tal vez, sometido a torturas para obligarlo a anular las palabras que habían colocado el reino bajo el maleficio de la sequía. Pero él no tenía otra alternativa que ir. El que le había dicho: «Escóndete», ahora le decía: «Ve muéstrate». Y así, con implícita obediencia, *«fue, pues, Elías a mostrarse a Acab»* (1 R. 18:2).

Tuvo que haber sido muy amargo para él ver la devastación que se había producido en la tierra. En nuestras regiones no tenemos ni siquiera un reflejo de los horrores de una sequía oriental. Todo esto se había producido por medio de la oración del profeta; y hubiera sido intolerable, si él no hubiera esperado con anhelo que este pueblo entendiera la excesiva maldad y perversidad del pecado.

Aunque el hambre se extendía por todas partes, parece haber sido más severa en Samaria. Y esta fue la prueba que puso de manifiesto el verdadero carácter de Acab.

Pudiéramos haber imaginado que él se habría puesto a aliviar las desdichas de su pueblo; pero no, sólo pensaba en sus caballos y en sus mulas; y su única preocupación era mantener vivos a algunos de ellos. Así que ahora inicia una misión para buscar hierba. ¡Qué egoísmo! ¡Las mulas y los asnos antes que su pueblo! ¡Y busca hierba, en vez de buscar a Dios!

Es sorprendente encontrar a un hombre como Abdías en una posición tan influyente en la corte de Acab. Abdías era el gobernador (o mayordomo) de la casa de Acab. Ahora bien, según su propio testimonio personal, Abdías veneraba a Jehová desde su juventud (véase 1 R. 18:12): «Abdías era en gran manera temeroso de Dios» (vs. 3).

Y había dado prueba notable de su piedad, pues cuando Jezabel asolaba la tierra con su ola de persecución, cazando a los profetas del Señor para sentenciarlos a una pena de muerte indiscriminada, él había rescatado a cien de estos hombres proscritos y los había escondido de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los había alimentado con pan y agua. Pero aunque era un buen hombre, también había en él falta de firmeza moral, de determinación, de vigor en el carácter. De no ser así nunca hubiera podido tener la posición de que disfrutaba en la corte de Acab y Jezabel.

No hay inconveniente alguno en el hecho de que un cristiano tenga una posición de influencia en una corte o en la sociedad, si lo puede

hacer sin sacrificar ningún principio. Por el contrario, eso puede permitirle prestar un inapreciable servicio a la causa de Dios.

Pero son muy pocos los que pueden ocupar tales posiciones sin que pierdan algo de su vocabulario recto, o permitan que sus colores cambien hasta parecerse a los de la bandera de la conveniencia. Y hay muchos indicios de que este fue el lado flaco de Abdías.

A saber, Abdías no confiaba en llevar las cosas demasiado lejos. Por supuesto, no podía estar de acuerdo con el nuevo orden de cosas, pero no estimaba necesario imponer sus ideas religiosas a nadie. A veces se escandalizaba por lo que pasaba en la corte, pero al fin y al cabo eso no era asunto de él. Con frecuencia sentía tristeza en su corazón al ser testigo de los sufrimientos de los profetas de Dios y estaba medio inclinado a defender la causa de ellos; pero un sólo hombre no podía hacer mucho, y él tal vez podría ayudarlos mejor de una manera quieta, quedándose donde estaba, aunque eso algunas veces pusiera en tensión sus principios.

Este pobre hombre tuvo que haber experimentado un gran conflicto, pues tenía que reconciliar el deber que tenía para con Jehová con el deber que le correspondía con el otro señor, Acab. Y Elías, de manera astuta, le echó una indirecta cuando le dijo: «Ve di a tu amo: *Aquí está Elías*» (vs. 8).

Hoy también hay muchos Abdías en todas partes alrededor de nosotros, aun en las iglesias cristianas. Estos saben qué es lo correcto y secretamente están tratando de practicarlo; pero no pueden confesar cuáles son sus verdaderos colores.

Tienen tanto miedo de que se les identifique como cristianos declarados como el que tenía Abdías cuando Elías lo envió con el recado para Acab. Lamentan mucho el hecho de que algunos sufran persecución por causa de la justicia; pero nunca se les ocurre colocarse al lado de ellos.

Se conforman con administrarles alguna ayuda, como lo hizo Abdías con los perseguidos profetas. Y mientras esconden del mundo esa ayuda, la toman como base para reclamarle al pueblo de Dios reconocimiento y protección, tal como lo hizo Abdías: «¿No ha sido dicho a mi señor lo que hice...?» (1 R. 18:13).

¡Qué contraste el que hay entre Abdías y Elías!

Entre nosotros, muchos piensan que los hijos de Dios deben permanecer en el campo del mundo: tomar parte en sus fiestas, ir a sus lugares de diversión y seguir sus modas y su corriente. Con esto esperan moderarlo y calmarlo: cristianizarlo. Es un bello sueño, y si fuera cierto, salvaría al mundo de dificultades. Los pobres profetas del Se-

ñor pudieran regresar de sus cuevas, Elías pudiera ser el primer ministro de Acab y la conciencia de Abdías pudiera estar tranquila... Entonces, en verdad, la política de Elías sería un error supremo y sería mejor que todos llegáramos a ser Abdías de una vez.

Pero hay dos dificultades insuperables para la aceptación de esta teoría de nivelación desde adentro...

En primer lugar, está en directa oposición a la enseñanza bíblica. «...*salid de en medio de ella*» es el llamado que resuena como un clarín de oriente a occidente: «*Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo*» (2 Co. 6:17).

Ningún héroe ni santo movió al pueblo de Dios de su tiempo desde adentro; todos, sin excepción, han levantado el grito: «*Salgamos fuera del campamento*».

Ellos forman la cadena continua de mártires, confesores, profetas y santos, de los cuales el mundo no era digno, pero que pueden buscar su parentesco con Aquel de quien está escrito: «...*padeció fuera de la puerta*» (He. 13:12).

El único camino bíblico para los testigos de Dios consiste en salir fuera del campamento. Estar en el mundo, pero no como parte del mundo: usar la ropa de peregrino, manifestar el espíritu de peregrino, expresar la confesión del peregrino.

El hombre que entra en el mundo para elevarlo al nivel de él, pronto descubrirá que él mismo ha descendido al nivel del mundo. ¿No fue esto lo que le ocurrió a Abdías?

Comparemos la influencia que ejerció Abraham desde las alturas de Mamre a favor de Sodoma y Gomorra, con la que ejerció Lot, quien, no contento con levantar su carpa hacia la puerta de la ciudad, se metió a vivir en ella y hasta se convirtió en uno de los regidores del lugar (véase Gn. 19:1).

Ciertamente, la posición más segura y fuerte está fuera del campamento. Arquímedes dijo que él podría mover el mundo si se le daba un punto de apoyo fuera de él. Del mismo modo, un puñado de siervos de Dios pueden también influir en su ambiente con sólo parecerse a Elías, quien pasó su vida completamente fuera de la corte y del mundo de su tiempo.

Hay un contraste entre la bondad preventiva y la dinámica. Abdías sencillamente trató de impedir que se hiciera un gran daño. Él protegió a los profetas de la espada de Jezabel y del toque del hambre. Esto fue bueno. La bondad preventiva de esta clase cumple un propósito muy útil. Levanta hogares y refugios y baluartes de defensa, detrás de los cuales puedan prosperar las vidas de los perseguidos profetas.

Pero el mundo necesita algo más. Hay una demanda urgente de hombres como Elías y Juan el Bautista, que se atrevan a oponerse a los que cometen malas obras y los hagan comparecer ante el tribunal de Dios, obligándolos a inclinarse ante la majestad ofendida de la ley quebrantada.

Para esto se necesita una dotación positiva de poder que no pueden alcanzar los tibios, pues es exclusiva prerrogativa de los siervos de Dios. De esta clase de poder carecía Abdías. ¿Cómo podía tenerlo? Por otra parte, Elías estaba lleno de este poder. Por cuanto así era, tuvo éxito en detener las marejadas de pecado cuando estaban más embravecidas.

No es suficiente proteger a los profetas; tenemos que salir y presentarnos ante Acab. Que Dios envíe a su Iglesia un puñado de hombres como leones, como Elías, de quien consta por escrito este majestoso testimonio: «Fue, pues, Elías a mostrarse a Acab».

Esto es, a enfrentarse al culpable real, a detener al rey...

Hay, en definitiva, un contraste entre la cautela de la conveniencia y la intrepidez de la fe. Cuando Elías le dijo a Abdías que le dijera a su señor que el profeta lo estaba esperando, el asombrado cortesano reflejó incredulidad. En realidad, él pensó que el profeta no sabía con cuánto empeño el rey lo había estado buscando, o que el Espíritu del Señor lo arrebataría antes que ellos pudieran encontrarse. Nunca se le ocurrió que Elías se atrevería a enfrentarse con el rey, si sabía realmente cómo estaban las cosas.

Y aun suponiendo que el profeta fuera lo bastante temerario para hacer esto por su propia cuenta, ciertamente Dios le impediría caer en la guarida del león. En todo caso, Abdías no deseaba tener nada que ver con este asunto. Más de dos veces usó las palabras «me matará». Y sólo cuando Elías le aseguró que con toda seguridad él se mostraría a Acab antes de la puesta del sol, con frecuencia fue Abdías a encontrarse con Acab para decírselo. ¡Qué incapaz era Abdías de formarse un verdadero concepto de la intrepidez de Elías!

¿Cuál fue la fuente de esa intrepidez? Dios era más real para Elías que para Acab. ¿Cómo podía él tenerle miedo a un hombre que moriría? El temor a Dios lo había hecho impermeable a toda otra clase de temor. Así, la fe ve la montaña llena de caballos y carrozas de fuego.

Así, con cara impávida y corazón sin desmayo, los Elías de Dios se apresuran a cumplir los mandamientos de Él, aunque el camino esté bloqueado por tantos demonios como tejas haya en el tejado. Los Ab-

días afirman que los Elías de Dios nunca se atreverán a llevar a cabo sus propósitos; pero viven para ver que sus propias predicciones eran falsas.

Hay, finalmente, contraste en la respectiva manera en que los impíos reciben a estas dos clases de individuos. Acab pudo tolerar a Abdías por cuanto éste nunca lo reprendía. Pero tan pronto como Acab vio a Elías, le mostró su antipatía: «Cuando Acab vio a Elías, le dijo: *¿Eres tú el que turbas a Israel?*» (1 R. 18:17).

Años más tarde, al hablar de otro devoto siervo de Dios cuyo consejo fue requerido por Josafat, este mismo rey Acab dijo: «*...yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal*» (1 R. 22:8).

No hay testimonio más elevado con respecto a la constancia de nuestra fe que el odio de los Acabs que nos rodean. Si todos los hombres hablan bien de nosotros, es hora de comenzar a preguntarse si no nos estamos convirtiendo en meros Abdías. Pero si Acab nos acusa de que le estamos causando dificultades, regocijémonos.

Allí, frente a frente, dejamos a Acab y a Elías. No necesitamos preguntarnos cuál de los dos tiene más realeza. No necesitamos gastar nuestro tiempo mirando a Abdías. No podemos sino admirar la noble influencia del profeta de Dios. Pero recordemos que no se debió a su carácter inherente, sino a su fe. Y si adquirimos una fe similar, podemos esperar resultados similares en nuestras propias vidas.

Capítulo 7

El plan de campaña

Cuando Elías salió de Sarepta es más probable que su mente no estuviera en absoluto ocupada por ningún plan concreto de acción. Él sabía que tenía que mostrarse a Acab y que la lluvia no estaba muy lejos, pues estas fueron las órdenes concretas de Dios: «*Ve, muéstrate a Acab, y Yo haré llover sobre la faz de la Tierra*» (1 R. 18:1).

Fuera de eso, Elías no sabía nada...

El plan completo de esta gran campaña a favor de Dios y en contra de Baal, a favor de la verdad y en contra del error, pudo habersele revelado a Elías de una vez luego de salir de Sarepta. Pero es igualmente probable que se le haya revelado poco a poco; ya que a menudo Dios prefiere este último método...

En primer lugar, cuando Elías salió de Sarepta, se llenó de una pasión consumidora por la gloria de Dios: «...*sea hoy manifiesto que Tú eres Dios en Israel*» (1 R. 18:36).

Esta oración es la clave que nos permite comprender el corazón del profeta. Elías no sabía, ni se preocupaba por saber lo que le ocurriría a él mismo, pero su alma estaba inflamada con un celo por la gloria de Dios. Él no podía soportar el hecho de que los altares de los profetas que habían muerto como mártires estuvieran destruidos. Y cuando tuvo que enfrentarse a estas cosas, su espíritu se conmovió hasta lo más profundo con indignación y dolor.

¡Qué bueno sería si cada uno de nosotros recibiera una inspiración similar! Por otro lado, Elías estaba profundamente convencido de que él era sólo un siervo: «...*sea hoy manifiesto que Tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo*». Esta fue la actitud del espíritu de Elías: entregado, rendido, vacío.

¿No somos demasiados dados a hacer cosas para Dios, en vez de permitir que Él haga lo que quiera por medio de nosotros? No reconocemos su absoluto derecho de propiedad. Con frecuencia no hacemos lo que Él decididamente desea que hagamos y, en vez de ello, insistimos en llevar a cabo algún pequeño capricho propio.

Además, Elías tenía el ardiente deseo de saber cuál era el plan de Dios y de llevarlo a cabo: «...*sea hoy manifiesto que Tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas*». Tan pronto como un hombre piensa que está realizando el plan de Dios, y que Dios está realizando su plan por medio de él, tal hombre es invencible. Y este fue uno de los elementos de la espléndida fortaleza de Elías.

Esta pregunta relacionada con el plan de Dios es sumamente importante, porque el poder y la bendición de Dios serán disfrutados en toda su plenitud sólo por aquellos que están donde Él quiere que estén. ¿Queremos tener provisión divina?

Tenemos que mantenernos al compás del plan divino. El fuego sólo arde cuando el altar se erige en conformidad con la Palabra de Dios.

Tenemos que preguntar de manera incesante: «¿Qué quieres que yo haga?» (Hch. 9:6).

Hay muchas maneras de llegar a conocer el plan de Dios. Algunas veces se revela por medio de las circunstancias, que aunque no siempre son agradables, son siempre aceptables por cuanto nos revelan la voluntad de nuestro Padre.

No hay nada circunstancial que ocurra sin su permiso y, por tanto, cada circunstancia es un mensajero del Rey que trae su mensaje, aunque algunas veces nos quedamos perplejos en cuanto al modo como debemos entenderlo. Algunas veces el plan de Dios se nos revela por medio de fuertes impresiones del deber, las cuales aumentan en intensidad cuando oramos al respecto y las sometemos a prueba con la Palabra de Dios.

Hay muchas formas por medio de las cuales Dios puede expresar su voluntad al espíritu verdaderamente entregado, y hemos de contentarnos con esperar tranquilamente. Por regla general, no hacemos nada mientras tenemos cualquier incertidumbre, pero debemos examinarnos a nosotros mismos y estar listos a actuar tan pronto como sepamos cuál es el plan.

El plan, tal como Elías lo presentó ante Acab, está eminentemente adaptado a las circunstancias del caso. Todo Israel debía reunirse en el monte Carmelo, que se elevaba por encima de la llanura de Esdraelón, un sitio noble que servía como centro de reunión nacional.

Debía tenerse especial cuidado en asegurar la presencia de los representantes de los grupos que se habían atrevido a rivalizar con el culto a Jehová: *«los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel»* (1 R. 18:19).

Estas sectas rivales debían entonces someterse a una prueba, que a los adoradores de Baal no les era posible rechazar, pues Baal era el dios del sol y esta era una prueba de fuego.

Elías sabía que el altar de Baal permanecería sin humo. Estaba igualmente convencido de que Jehová respondería a su fe con fuego. También se sentía convencido de que el pueblo, incapaz de escapar de la evidencia de lo que hubieran visto, repudiaría para siempre los malditos cultos de Fenicia y se volvería una vez más a la adoración del Dios de sus padres.

«Entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a todos los profetas en el monte Carmelo» (vs. 20).

Esta convocatoria al pueblo tuvo que haber ocurrido unos pocos días antes. ¿Dónde y cómo pasó Elías ese intervalo?

Probablemente, Elías debió pasar días memorables esperando en el mismo Carmelo, guarecido en alguna cueva desierta por la noche. Con cuánta constancia confiaría él en Dios y presentaría largas series de súplicas por el pueblo, y se prepararía para el conflicto que vendría como respuesta a la ferviente oración eficaz. La respuesta por medio del fuego nunca habría descendido ese día si él no hubiera pasado los días anteriores en la presencia de Dios.

He aquí un espectáculo sublime: Elías rendido, entregado, esperando en el Carmelo con fe firme; la reunión del pueblo, el cumplimiento del propósito de Dios. Elías no abrigaba temor alguno; esperaba ver pronto a la nación a los pies de Dios. Y todo esto lo hizo no porque fuera diferente a nosotros, sino porque había adquirido el hábito bendito de tratar con Dios directamente, como una realidad viviente, en cuya presencia él tenía el privilegio y la gloria de estar siempre.

Capítulo 8

En el Carmelo

Es muy de mañana en el monte Carmelo. Desde todas las direcciones las multitudes se abren camino hacia este lugar que desde muy antiguo ha estado relacionado con el culto. No se está haciendo nada en ninguna parte; los pensamientos de jóvenes y viejos están concentrados únicamente en la poderosa convocatoria que les ha hecho Acab. Veamos cómo los muchos millares de Israel se van reuniendo lentamente y ocupando todo sitio elevado desde el cual puedan ver lo que está a punto de suceder.

Ya casi todo el pueblo está reunido, y se oye el paso regular de las tropas que participan. Por los símbolos del sol que brillan en sus frentes se distinguen cuatrocientos profetas de Baal; pero los profetas de Asera están ausentes; la reina, de cuya mesa comen, ha invalidado la

convocatoria del rey. Ahora, por en medio de la multitud, la litera del rey, llevada por fornidos cargadores, se abre paso, rodeada por los oficiales de alto rango.

Nuestra atención se fija en aquel hombre de contextura vigorosa y pelo flotante que, con ojos brillantes y labios comprimidos, espera el mudo silencio que pronto caerá sobre aquella inmensa concurrencia... ¡Un hombre contra una nación! Notemos con qué rencorosas miradas vigilan los sacerdotes cada uno de sus movimientos.

El rey oscila entre el temor y el odio; pero se refrena porque piensa que, de algún modo, la llegada de la lluvia depende de este hombre. Aun Abdías se mantiene discretamente fuera del camino.

Ahí está Elías, un hombre de semejantes pasiones a las nuestras, sólo que está lleno de fe de poder espiritual. Él puede apropiarse de los recursos de la Deidad como una varilla de metal puede atraer rayos de una nube.

El profeta habló siete veces en el transcurso de aquel memorable día, y sus palabras son un verdadero indicador de lo que estaba ocurriendo en su corazón.

En primer lugar, Elías recriminó: «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él» (vs. 21).

Pronto la posición del auditorio se volvió ilógica y absurda. Su marcha era como la cojera de un hombre que tiene una pierna más larga que la otra; o como el artificio de un siervo que ha sido contratado para servir a dos señores: hace lo mejor que puede por cada uno de ellos, y no complace a ninguno de los dos.

El alma sincera y sencilla del profeta no tiene paciencia con tan notoria necesidad. Había llegado el momento en que la nación tenía que detenerse en su intento de combinar la adoración de Jehová con la de Baal, y en que sería obligada a escoger entre los dos cultos que se les presentaban.

Parece que el pueblo se sintió aturdido y avergonzado de que se le presentaran tales alternativas, pues «*el pueblo no respondió palabra*».

Entonces, Elías lanzó un reto: «...*el Dios que respondiere por medio del fuego, ése sea Dios*» (vs. 24).

Era una proposición equitativa. Por un lado, Baal era el señor del sol y el dios de aquellas fuerzas naturales productivas de las cuales el calor es elemento y señal. Así, los sacerdotes de Baal no podían rechazarla. Y por otro lado, todo israelita pudo recordar las numerosas ocasiones de su glorioso pasado en que Jehová había respondido con

fuego. Ese era el emblema de Jehová, y la señal de que Él aceptaba el servicio de su pueblo.

Por tanto, cuando Elías propuso que cada una de las partes ofreciera un buey y esperara la respuesta por fuego, logró que el pueblo estuviera inmediatamente de acuerdo: «Y todo el pueblo respondió, diciendo: *Bien dicho*».

Esa proposición la hizo con la perfecta seguridad de que Dios no le fallaría. Dios nunca le falla al hombre que confía en Él completamente. Pero los sacerdotes de Baal eran incapaces de provocar la secreta chispa de fuego en la leña que habían colocado sobre su altar. Recurrieron entonces a una súplica directa a su deidad pagana. Esto lo hacían con poder y fuerza. Daban vueltas y vueltas alrededor del altar marcando el compás de la mística danza coral, y sólo rompían filas algunas veces para dar saltos frenéticos frente al altar.

Y todo el tiempo canturreaban: «¡Baal, respóndenos!» (vs. 26). Pero no había voz, ni nadie que respondiera. Y Elías se jactaba de ellos (véase vs. 27).

Así pasaron tres horas. Su dios sol lentamente condujo su dorada carroza por la empinada cuesta del cielo y ascendió a su trono en el cenit. Ciertamente ese era el momento de su mayor poder, y si los iba a ayudar alguna vez, tendría que ayudarlos entonces. Pero lo único que hizo fue broncear y oscurecer más las caras levantadas de los sacerdotes.

Elías apenas podía ocultar el deleite que sentía por la derrota de ellos: «*Gritad en alta voz, porque dios es; quizá está meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle*».

«*Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajabán con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos*» (vs. 28).

¡Ciertamente sus sinceros esfuerzos serían suficientes para mover a compasión a cualquier deidad, por más dura que fuera! Y puesto que los cielos aun continuaban silentes, ¿no probaba eso al pueblo que la religión de ellos era un engaño y una vergüenza?

Así pasaron tres horas más hasta que llegó la hora en que, en el templo de Jerusalén, los sacerdotes de Dios acostumbraban ofrecer el cordero de la tarde. Pero «no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase». El altar estaba frío y sin humo; el buey no había sido consumido.

Elías hizo, pues, una invitación. ¡Al fin le había llegado su turno! Y su primer acto consistió en invitar al pueblo a que se acercara; acaso quería que la respuesta de fuego fuera indiscutible. Así es que invitó

al pueblo a que mirara más de cerca mientras él levantaba el altar del Señor que estaba destruido. Al mismo tiempo, buscó con cuidado reverente entre aquellas piedras esparcidas y construyó el altar de tal modo que las doce piedras quedaran como un símbolo apropiado de la unidad del Israel ideal ante los ojos de Dios. Las penetrantes miradas del pueblo, desde muy cerca, podían ver que Elías no había introducido ninguna antorcha o chispa secreta.

Entonces, Elías dio un mandamiento. Su fe era exuberante. Estaba tan seguro de Dios que se atrevió a amontonar dificultades a su objetivo, pues sabía que para el poder infinito no hay imposibles.

Cuanto más improbable fuera la respuesta, tanta más gloria recibiría Dios. ¡Qué fe tan incomparable! Puede reírse de las imposibilidades y aun amontonarlas una sobre otra, para tener el placer de ver cómo Dios las domina.

Ya el altar estaba erigido, la leña se había colocado en orden, el buey estaba cortado en pedazos, pero para impedir cualquier posibilidad de fraude, y para hacer que el milagro que se aproximaba fuera aún más maravilloso, Elías dijo: «*Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña*» (vs. 34). Esto se hizo tres veces, hasta que la madera quedó empapada y el agua llenó la zanja, con lo que era imposible que pasara alguna chispa.

Y, luego, Elías hizo una oración... ¡Qué oración! Fue tranquila y segura, confiada en la respuesta. Lo que pidió esencialmente fue que Dios se vindicara aquel día, demostrando que en verdad era Dios y volviendo hacia Él el corazón del pueblo.

Y así cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja (véase vs. 38) ¡No podía haber sido de otro modo! Nuestro Dios es fuego consumidor; y tan pronto como se reconozca la unidad de su pueblo y se busque su presencia, Él descenderá y vencerá todos los obstáculos.

Finalmente, Elías pronunció una orden de ejecución de aquellos labios severos: «*Prended a los profetas de Baal, para que no escape ninguno*» (vs. 39). Ahora el pueblo estaba en disposición de obedecer. Sólo momentos antes habían hecho vibrar el aire con el grito: «*¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!*» (vs. 38). Comprendieron que habían sido horriblemente engañados. Entonces formaron un círculo cerrado alrededor de los atemorizados y derrotados sacerdotes: «*...y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló*».

Uno tras otro cayeron bajo la espada de Elías, mientras el rey estaba cerca, como un espectador impotente de la condenación de ellos, y Baal no hizo nada para salvarlos.

Y cuando murió el último, el profeta entendió que la lluvia no estaba lejos. Casi podía oír el jugueteo de las nubes que se apresuraban hacia la tierra. Y es que Dios sólo puede bendecir la tierra y el corazón que ya no albergue en sí dioses falsos...

Capítulo 9

La lluvia

Sólo en grado mínimo podemos comprender los horrores de una sequía oriental. La angustia de la tierra se atribuía directamente a la apostasía del pueblo. Las iniquidades del pueblo de Israel lo habían separado de su Dios. Elías lo sabía muy bien. Esto lo impulsó a cumplir la función de ejecutor de los sacerdotes de Baal, quienes habían sido los cabecillas de la revuelta nacional contra Dios. Sus cuerpos yacían espantosamente mutilados en las riberas del Cisón, y la corriente los iba arrastrando hacia el mar.

Acab tuvo que haber estado cerca de Elías en el paso del Cisón, y tuvo que haber sido un involuntario espectador de la terrible venganza; sin atreverse a resistir el ataque de indignación popular, ni intentar proteger a los hombres a quienes él mismo había estimulado y presentado. Cuando hubo muerto el último sacerdote, Elías se volvió al rey y le dijo: «*Sube, come y bebe; porque una lluvia grande se oye*» (1 R. 18:41).

Fue como si le hubiera dicho: «Sube a donde tienes colocadas tus tiendas en la amplia extensión del altiplano, el banquete está servido en tu dorado pabellón; come sus bocados exquisitos; ¡pero hazlo pronto! De lo contrario, la lluvia puede interrumpirte el banquete».

¡Qué contraste el que había entre estos dos hombres! Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmelo, y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas. No podríamos esperar nada más del rey. Cuando su pueblo sufría los rigores de la sequía, él sólo se preocupaba por buscar suficiente hierba para salvar sus caba-

llos. Y ahora, que sus fieles sacerdotes habían muerto por centenares, él sólo pensaba en el banquete que lo esperaba en su pabellón.

Me imagino a Acab y a Elías mientras ascienden juntos: no hay simpatía, ni gozo común; el rey se aparta hacia sus tiendas, mientras el siervo de Dios sube constantemente hasta la parte más alta de la montaña y halla un oratorio al pie de un pináculo aún más elevado.

Hay ciertas características en la oración de Elías que debemos notar, por cuanto deben formar parte de toda verdadera oración.

En primer lugar, fue una oración basada en lo promesa de Dios. Cuando Elías fue llamado de Sarepta para que reasumiera su obra pública, sus órdenes de marcha estaban envueltas en la promesa específica de la lluvia: «Ve, muéstrate a Acab, y Yo haré llover sobre la faz de la tierra».

Las promesas de Dios se dan no para restringir la oración, sino para estimularla. Son el molde en que podemos derramar sin temor nuestros férvidos espíritus. Aunque la Biblia está llena de promesas doradas, las mismas son inoperantes mientras no las convirtamos en oración.

Por tanto, cuando se nos pregunta por qué deben orar los hombres y cómo beneficia la oración, no debemos dar otra respuesta que esta: «La oración es la palabra de la fe; uno de los fundamentos básicos de la vida espiritual». La Palabra de Dios enseña claramente que la oración es aceptada por el Altísimo. En la medida en que nosotros conozcamos más de Dios por medio de sus promesas, seremos guiados a poner nuestro corazón en las cosas que están en sus manos abiertas, esperando ser tomadas por la mano de una fe que se las apropie. Por esta razón, toda oración, como la de Elías, debe basarse en la promesa.

En segundo lugar, la oración de Elías fue una oración definida. En este punto fallan muchas oraciones. No oramos con la decidida esperanza de lograr resultados definidos y prácticos. Corrijamos esto. Mantengamos una lista de las peticiones que le hacemos a Dios. Hagamos nuestra oración como la hizo David (véase Sal. 5:3), esperemos la respuesta, y obtendremos nuevas e inusitadas bendiciones.

Fue además una oración ferviente. Acaso las oraciones que se hallan en la Escritura brillan todas con el calor ardiente de la intensidad. La oración no recibe respuesta a menos que esté acompañada de un fervor tal que pruebe que la bendición que se busca se necesita realmente.

A tal fervor, por supuesto, se le debe temer cuando buscamos algún beneficio bajo para nosotros mismos. Pero cuando, como Elías,

buscamos el cumplimiento de la promesa divina, no para nosotros mismos sino para la gloria de Dios, entonces es imposible pasarnos de fervor, o estar demasiado llenos de la energía de la oración.

Pero, sobre todo, la oración de Elías fue humilde: «*Elías (...) postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas*» (vs. 42).

¿No ocurre siempre que los hombres que andan de la manera más recta en relación con el pecado se postran del modo más humilde en la presencia de Dios?

Es verdad que somos hijos, pero también somos súbditos. Es verdad que somos redimido, pero no podemos olvidar nuestro nombre original: pecadores. Es verdad que podemos acudir al Señor con osadía, pero recordemos la majestad, la potencia y el poder de Dios, y entonces, quitémonos los zapatos de nuestros pies. Nuestra única defensa ante Dios es el mérito de la sangre de nuestro gran Sumo Sacerdote. Nos corresponde, pues, humillarnos.

Fue, también, una oración llena de fe expectante. Palpitaba fuertemente en el corazón de Elías. Él sabía que Dios cumpliría su palabra. Basado en ello envió a su criado, que posiblemente era el hijo de la viuda, a que subiera al punto más alto del Carmelo y lo instó a que mirara hacia el mar, pues él sabía que antes de que pasara mucho tiempo su oración sería contestada y la promesa de Dios se cumpliría. Nosotros hemos orado con frecuencia, pero no hemos esperado las bendiciones que hemos buscado.

Hay una clase de fe que Dios no puede rechazar, una fe para la cual todas las cosas son posibles. Se ríe de la imposibilidad y puede mover montañas y colocarlas en el océano. ¡Ojalá tengamos esa fe! Tal fue la fe de Elías.

Finalmente, fue una oración muy perseverante. Elías le dijo al criado: «*Sube ahora, y mira hacia el mar*» (vs. 43).

El muchacho fue, miró y dijo: «No hay nada».

¡Con cuánta frecuencia hemos enviado al criado con deseo afanoso a examinar el horizonte! Y como no hay nada, precisamente cuando comenzábamos a orar, dejamos de orar. Nos vamos de la cresta de la montaña. No sabemos que la respuesta de Dios en ese mismo momento viene en camino...

Eso no le pasó a Elías: «Y él le volvió a decir: *Vuelve siete veces*». La primera vez regresó diciendo: «No hay nada». No hay signo de lluvia ni nube en el Cielo. Y Elías le dijo: «*Vuelve*». Esto se repitió siete veces; esta fue una prueba no pequeña para la resistencia del profeta, pero con la prueba severa le vino suficiente gracia, de modo que pudo soportarla. Con frecuencia nuestro Padre nos concede nuestra ora-

ción y le pone la etiqueta que indica que es nuestra, pero la retiene hasta que llegemos a un punto de intensidad; aquel punto del cual nunca retrocederemos. Luego, cuando nos hayamos superado, Él se vuelve amorosamente hacia nosotros, y nos dice: «...grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mt. 15:28). Y la oración fue contestada con abundancia. Durante las semanas y meses anteriores el sol había estado reuniendo las gotas de humedad que tomaba de los lagos, los ríos y el mar, y ahora el ventarrón las traía rápidamente hacia la sedienta tierra de Israel: «...y antes que clamen, responderé Yo; mientras aún hablan, Yo habré oído» (Is. 65:24). Ciertamente, la respuesta a nuestras oraciones puede estar más cerca de lo que pensamos. En las alas de cada momento se apresura hacia nosotros... ¡Dios nos contestará, y lo hará pronto!

Entonces el muchacho, desde su torre de observación, vio en el horizonte una nubecilla, que no era más grande que la mano de un hombre, y avanzaba rauda por el firmamento. No se necesitaba nada más para convencer a un oriental de que la lluvia estaba cerca. Esa nubecilla era, y aún es, la precursora cierta de un repentino huracán de viento y lluvia. Elías envió al muchacho con el mensaje urgente para Acab de que descendiera del Carmelo al lugar donde tenía su carroza, en la parte llana de más abajo, no fuera que el Cisón, crecido por las lluvias, lo detuviera en su regreso a casa. Escasamente tuvo tiempo el muchacho para llegar al pabellón real, antes de que los cielos se oscurecieran con nubes y viento y hubiera un copioso aguacero.

El monarca salió en medio de la creciente tormenta, pero más rápidos que sus veloces caballos fueron los pies del profeta, fortalecidos por la mano de Dios. Elías agarró presto su manto, del cual chorreaba el agua, se lo ciñó a la cintura y en medio de la furia de los elementos, mientras se cerraba la noche, superó a la carroza y corrió como cualquier mensajero común delante de ella hasta la entrada de Jezreel, que estaba a casi treinta kilómetros del sitio de partida (véase 1 R. 18:46).

Así, a fuerza de fe y oración, este hombre hizo que volviera la lluvia a Israel. ¿Por qué no aprender y practicar su secreto? Entonces también podríamos hacer descender del Cielo bendiciones espirituales que harían que las partes secas de la Iglesia y del mundo se renovasen y florecieran como la rosa.

Continúa...

Otras Publicaciones:

La verdadera conversión
El camino de la cruz
Una vida de sencillez – parte 1
Una vida de sencillez – parte 2
La paz de Dios
Los bocados de la mesa del rey – Tomo I
Los bocados de la mesa del rey – Tomo II
La Biblia es la palabra de Dios
La cena del Señor
El yugo desigual
El testimonio de Watchman Nee
El testimonio de Bakht Singh
Lo obra de Dios en el tiempo del fin
Tú y tu casa
La Iglesia - Volviendo al modelo bíblico
El hombre de Dios
El avivamiento en la China
Elías: El portador del celo de Dios – Parte 1

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

Recursos cristianos para la edificación del cuerpo de Cristo

Contacto en Venezuela: E-mail tesoros cristianosv@hotmail.com

Teléfonos: 0412-4942934 / 04128843307

Contacto en Colombia: E-mail tesoros cristianos@gmail.com

Teléfonos: 571-7100312 / - 312 8879886

www.tesoroscristianos.net